LA MASCOTA

Alcides Rodríguez

Capítulo 1

El grueso sujeto secó el sudor del rostro y prosiguió con el machete apartando la maleza del patio; su viejo perro salió al trote al tiempo que ladraba moviendo la cola; puso una mano sobre su frente y divisó en el horizonte que se acercaba su hijo. Escupió chimó en la yerba y se llevó las manos a las caderas mientras esperaba al niño. El pequeño se acercaba con una caja llena de agujeros en las manos; cuando vio la expresión de su padre, aceleró el paso.

- ¿Por qué llegas a esta hora?

Preguntó el sudoroso hombre examinado de arriba abajo al niño.

- Me quedé hablando con la señora que vive en la casa abandonada, al lado de la licorería…

- ¿Con la loca?

Lo interrumpió el padre algo sorprendido, mientras el niño miraba al suelo con ojos brillantes y se encogía de hombros.

- ¿Qué tienes que hacer ahí después de la escuela? Aquí en la casa hay bastante trabajo.

El adulto observaba impaciente a su hijo, como colocaba con cuidado la caja en el piso. El perro se acercó y la olfateó con las orejas alertas.

- ¿Es una tarea de la escuela u otra gallina que te regalaron?

- Me lo regaló la señora…

Contestó el niño, mientras espiaba por los agujeros de la caja junto al ya inquieto perro.

- ¿Qué te puede regalar esa vieja bruja que no tiene ni con qué comer?

El niño volvió a hacer silencio mientras se limpiaba la nariz. El padre más impaciente se acercó a la caja y comenzó a abrirla. Un rápido movimiento

dentro de esta lo hizo apartarse sobresaltado mientras el chico corría a esconderse riendo tras un árbol. El perro totalmente ansioso y dando pequeños ladridos metió la trompa dentro y se escuchó un escalofriante grito seguido de un lastimoso aullido del can que se apartó llevándose una pata al hocico. El hombre tomó el machete del suelo, mientras hacía amenazas a su hijo y se paró frente a la caja. Le dio un fuerte puntapiés y esta voló algunos metros cayendo de lado totalmente abierta mientras emergía su contenido; al verlo se santiguó 3 veces con los ojos desorbitados.

- ¿Para qué trajiste esa verga de animal pavoso a esta vaina?

Gritó con la cara descompuesta y buscando con la mirada al hijo.

El elegante felino negro de pupilas dilatadas, totalmente paralizado no dejaba de vigilar al can, que también inmovilizado lo observaba haciendo pequeños bufidos en sus belfos, con la cola y las orejas en alto. El perro indeciso de acercarse daba pequeños pasos hacia la pequeña pantera que se desplazaba lateralmente como un cangrejo en forma de "U" al revés, con los pelos de su lomo y cola erizados. El hombre hizo una amenaza distante con el machete golpeando con el pie el suelo y el felino lo miró con las orejas completamente gachas dejando ver sus afiladas fauces mientras vocalizaba casi imperceptiblemente. Esta vez el can se abalanzó sobre su adversario con el labio fruncido y el gato trepó ágilmente a un árbol cercano.

- ¡Ya sabes que no me gustan esos animales del diablo! Más tarde te hecho un cuento.

Amenazó el padre con el dedo a su pequeño, mientras se alejaba de nuevo a la brega de su campo.

El niño se adentró a la humilde vivienda aun con el morral en la espalda no sin antes echar una ojeada al árbol. El perro ladraba hacia las ramas parado en 2 patas y moviendo la cola; más arriba pudo divisar al enigmático animal agazapado en sus 4 miembros y observando a su alrededor aparentemente indiferente.

Luego de un rato, el hombre dejó sus macundales a un lado y se adentró en la casa descalzo, antes de cerrar la puerta miró al árbol; su perro husmeaba la base del tronco, moviendo la cola en alto aun. Escupió en la entrada y cerró la portezuela de madera. Llamó al niño a la mesa, mientras servía las viandas. El chico acudió a sentarse rápido a la mesa. Antes de servir, el padre dio un pequeño golpe con su dedo en la pequeña cabeza; el niño se llevo la mano al cabello mientras con el ceño fruncido trataba de disimular la risa. Comieron por un rato en silencio.

- ¿Es verdad que matan a los niños en la noche mientras duermen?

Preguntó el niño algo serio escrutando la cara del padre.

- ¿Cómo así?

Preguntó el hombre mientras tomaba apurado la sopa y masticaba un pedazo de pan.

- Un niño en la escuela me dijo que te tiran en la venita del cuello en la noche…

- ¡Aja! ¿Y aun así te lo trajiste?

- La señora me dijo que era mentira, porque ella vive como con 30…

Respondió el niño tratando de ser tan serio como su padre y bajando los ojos al plato.

- Claro esa vieja es una loca y bruja, por eso tiene ese puño de gatos. ¡Por eso vive sola en esa casa abandonada carajo! Nadie cría un bicho inútil y malo de esos.

- El musiú del abasto también tiene uno…

Se defendió el pequeño.

- Esa es otra cosa, ese es un bicho fino que se trajo de por allá.

El padre prosiguió su comida por un instante con los ojos perdidos en la vieja pared y al fin se decidió a continuar.

- La abuela de tu difunta madre cuando estaba pequeña, una vez se fue caminando de noche atrás de un bicho negro de esos como el que trajiste. La encontraron lejísimo por suerte, ensartada en una cerca de púas llorando. El maligno se la quería llevar…

El hombre se santiguó una vez más y se dispuso a terminar su comida.

- ¿Para donde se la iba a llevar?

Interrogó el niño interesado.

- ¿A dónde crees pues? Iba caminando dormida atrás de él.

El niño se quedo observando con el ceño fruncido y la cara descompuesta

el mantel de plástico.

- ¿Cómo la escucharon desde adentro de la casa si estaba tan lejos?

Preguntó el niño con algo de escepticismo en su rostro.

- Ese cuento lo echó tu mamá que no era mentirosa.

Concluyó el padre levantándose de la mesa con el plato de comida en las manos.

- ¿Esta noche puedo dormir contigo?

Preguntó el niño tratando de disimular una vez más su sonrisa.

- ¡Ajá!

Lo apuntó el padre con el dedo, amenazándolo de forma burlona; abrió la puerta de la casa y se dio la vuelta una vez más hacia el hijo.

- Cuando se baje del árbol, segurito que el perro lo mata.

Salió al patio y buscó al can que yacía dormitando bajo la sombra de su techo de zinc, le dio un característico silbido y este fue a su encuentro jadeante y moviendo la cola. El hombre se acercó al sucio envase de plástico y le echó unas pocas sobras de la sopa. Mientras el perro comía agradecido, el sujeto lo acariciaba orgulloso pensando. - Este si me salió bueno pa' cuidarme el rancho.

Recogió su machete y las botas de trabajo bajo el inclemente sol, al agacharse a los implementos, sintió un ligero escalofríos; miró al árbol usando su mano una vez más de visera y se adentró a la casa. El niño ya había terminado y disponía a pararse de la mesa.

- ¿Ya el perro se lo comió?

Preguntó con una sonrisa cómplice hacia su progenitor.

- Por ahí no anda, seguro ya lo corrió. Dale esas sobras al perro y ponte a hacer tu tarea.

Se adentró a su húmedo cuarto oloroso a leña fresca y se recostó en el catre para luego seguir la jornada. El chico salió al patio y fue a echarle la comida al fiel can que también lo recibió con las orejas gachas y meneando la cola. Se acercó a la caja y se arrepintió de no haberle hecho caso a su compañero de escuela; torturar al felino atándole un racimo de

latas viejas en la cola.

Se agachó para espiar la caja por dentro y por un momento recordó como la anciana se la envolvía de forma maternal, advirtiéndole que lo cuidara; borró el pensamiento de su infante mente y se dispuso a jugar con la caja dándole puntapiés como a un balón de futbol.

Pasadas unas horas el padre se despertó sudoroso en el catre, había soñado con su difunta esposa, paralizado en la cama sentía como la inconfundible mano de ella acariciaba su pie. Se dio vuelta en la cama tratando de rememorar algún presagio del sueño y su vista se quedo fija en la puerta entreabierta de su dormitorio. El gato estaba dentro agazapado y observándolo fijamente con sus ojos color candela. El sujeto un poco nervioso trató de ahuyentarlo con un chasquido de su boca y el felino solo se cambió de posición; sin darle la espalda. El hombre hizo ademán de sacarlo lanzándole una bota de trabajo y el gato volvió a abrir sus fauces totalmente erizado y dando un paso hacia su mano; por instinto el grueso sujeto metió el brazo de nuevo entre las sabanas sin perder de vista al amenazador animal. El gato miraba atentamente al hombre y su calzado, con los músculos tensos y la pupila dilatada. Este totalmente inmóvil echó una mirada a su machete que estaba a la entrada de la habitación lejos de su alcance. Se sentó con sumo cuidado en la cama mientras observaba al gran animal echado sobre sus patas traseras, listo para atacar. Una gota de sudor corrió por su cien y totalmente decidido bajó lo pies a su calzado para echarlo a patadas de la casa, apenas bajó las piernas el gato atacó de un zarpazo su pie derecho justo antes de adentrase a la bota. El hombre pego un ridículo alarido mientras saltaba hacia su machete. Se dio la vuelta y quedó paralizado con la boca abierta viendo al furioso animal en el suelo.

El niño desde afuera miró a su padre recostado en la entrada de la casa completamente pálido y sudoroso, corrió presa de un mal presentimiento a su encuentro y este lo abrazó tembloroso.

- ¿Dónde está?

Preguntó el niño asustado tratando de arrebatarle el machete fuertemente asido en la mano del nervioso hombre.

- En mi cuarto…

Logró articular palabras. El pequeño se acercó a la habitación y abrió la puerta lentamente y con cautela. Miró dentro y sus ojos se quedaron inmóviles a los pies de la cama del padre, sin poder creer lo que veía.

- Ábrele una lata de sardinas, el gato se queda.

Le ordenó el hombre al niño tomándolo del hombro; mientras ambos veían absortos como el negro felino terminaba de matar a la serpiente coral que aun se movía por reflejos en la bota derribada del hombre.